

171217 Jn 1,6-8.19-28 Domingo III de Adviento

“Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan...

La Palabra vino a los suyos, y los suyos no la recibieron....

Juan decía, él viene después de mí, y yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia». Todo esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba...” (Jn. 1,6.11.27-28).

Juan el Bautista prepara la llegada de Jesús, aunque la clase dirigente judía no lo escucha y Herodes termina decapitándole.



El Padre nos envía a su Hijo, el Verbo, la Palabra, que es semilla del Reino en nuestro corazón y nos da la posibilidad de ser sus hijos; aunque muchos tampoco reciben a Jesús.

Juan insiste en la grandeza infinita de Jesús, por eso orienta a los discípulos hacia Él, pues merece todo honor y gloria.

Todos necesitamos pasar por las aguas (el Jordán) del Bautismo para que el Espíritu haga nacer en nuestro corazón a Jesús. El Bautismo se recibe una sola vez en la vida (imprime carácter, una marca que nunca se borra y nos hace pertenecer para siempre a Dios) pero necesitamos vivirlo todos los días por: el deseo de conversión, el cambio de vida, acogiendo la Palabra y dejando que Cristo viva en nosotros.

Señor haz que escuche tu Palabra, que la guarde en el corazón, que goce por saber que soy tu hijo y que sólo pertenezca a ti.

¡Jesús, dame vida con tu Palabra!

¿Acojo con alegría la Palabra de Dios y la llevo a los otros para vivir la fraternidad?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc